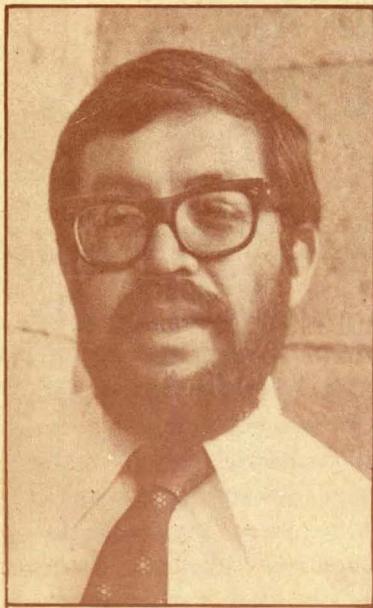


# ¿Nacionalización de otoño?

# ¿Sólo Un Suspiro?

22-SEPT-82

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



¿Sería posible que la nacionalización bancaria durara sólo un suspiro, así fuera éste tan largo que se extendiera durante noventa días, coincidentes casi por entero con el otoño? Es decir, ¿sería posible que la administración que asumirá funciones el primero de diciembre echara a andar hacia atrás y revocara las trascendentales decisiones que el presidente López Portillo anunció en su último Informe?

Las preguntas anteriores no son descabelladas. Creo que es pertinente dar a ellas una respuesta y por ello es conveniente plantearlas pública, abiertamente, porque una acumulación de indicios diversos está queriendo ser utilizada para enseñar que hay, o para inventar que hay, una ancha y profunda zanja entre el gobierno que se va

y el que llega, en torno de la nacionalización bancaria y el control de cambios generalizado, así como en lo concerniente a nombramientos y medidas vinculados a una y a otra.

Antes de que se hiciera pública la radical modificación de nuestra estructura económica, derivada de que no haya más concesiones privadas para la intermediación financiera, empezaron ya a aflorar diferendos entre la presente administración y la que presuntamente la reemplazará en materia de Hacienda y Crédito Público. En efecto, se tenía como generalmente aceptado que el licenciado Jesús Silva Herzog en la secretaría del ramo —y el licenciado Miguel Mancera en el Banco de México— constituían la avanzada del equipo del señor De la Madrid, y que al ser designados con anticipación se ocuparían de dar a la crisis un manejo acorde con el que pondría en práctica el nuevo equipo. Hubo así acuerdo entre las dos administraciones hasta comienzos de agosto, en que una concepción sobre el país, sobre la crisis y sobre los remedios para enfrentarla —diversa de la prevaleciente en el último semestre— empezó a ganar validez en la conciencia y en la emoción del Presidente, hasta que se transformó en convicción política. No se sabe si las graves decisiones sobre bancos y cambios fueron asumidas a solas por López Portillo, o si en ellas tuvo qué ver su próximo sucesor. Puede suponerse al menos que éste no careció de la información puntual sobre lo que estaba por ocurrir. Pero no necesariamente estuvo de acuerdo con ello. Tal posición, si la hubo, no debe extrañar. El propio López Portillo se mostró en casi todo tiempo renuente a arribar a extremos de esta naturaleza. Fue sobre todo la naturaleza de la crisis, la conciencia de que el país estaba cayéndose a pedazos, y de que su responsabilidad histórica era evitarlo, así fuera por no entregar a su reemplazante sólo ruinas, las causas que condujeron a las profundas mutaciones de que somos ahora testigos. De suerte que decir que ideológicamente el señor De la Madrid no era partidario de medidas de ese alcance no significa acusarlo de reaccionario o de conservador, sino de congruencia con el pensamiento en que también se formó su antiguo jefe, que no obstante se vio forzado a actuar de manera contraria a su iniciales concepciones sobre el asunto.

Una resolución clave para llevar adelante la nacionalización y el control de cambios era la designación de un nuevo director del Banco de México, pues era imposible que un decidido enemigo de por lo menos la segunda de las medidas y probablemente de la primera también —como el señor Mancera— corriera a cargo de instrumentarlas. Y había sido paradójico y absurdo que se le pidiera poner en práctica, así fuera a medias, una política cambiaría cuyos inconvenientes él mismo se había encargado de subrayar con negras tintas. Ir más allá era demasiado. Por eso, cuando el Presidente

pidió al Secretario de Hacienda que aceptara la remoción de Mancera, el proceso parecía seguir un cauce natural. Pero no lo era en realidad, porque el señor Silva Herzog no había participado en las deliberaciones, y por lo tanto debió sentirse sorprendido por el resultado de ellas, y por la petición de que admitiera la designación de don Carlos Tello al frente del Banco. Tello, secretario de Programación y Presupuesto durante casi un año al comienzo de la administración lópezportillista, se había levantado desde el ostracismo que las circunstancias le impusieron hasta volver a influir de manera decisiva en el ánimo presidencial para llegar a estas medidas. Era la persona más calificada para asumir ese cargo, pero también encarnaba las nociones de política económica más opuestas a las que en apariencia al menos estarían vigentes a partir del primero de diciembre. Partidario de una mayor participación del Estado en la economía, de la expansión del gasto público, de las medidas de fondo y no de los paliativos monetaristas, había sido en cierto modo participante en la polémica que, como ilustración de las tesis sostenidas en su libro *La disputa por la nación*, protagonizaron su amigo (y coautor de esa obra) Rolando Cordera, creyente en el proyecto nacional, y Carlos Salinas, a quien por lo menos públicamente se tiene como partidario del neoliberalismo, y es figura prototípica de los nuevos tiempos.

Pero eso era lo de menos. Lo de más ha sido la llamativa actitud del propio Presidente Electo. Cuando no lo era todavía, el primero de septiembre, las cámaras de televisión llevaron al público la imagen de un hombre que aplaudía con reticencia —con discreción extrema al menos— la nacionalización bancaria. Claro que podía ser el contraste entre su mesura y la desaforada emoción de que daba muestra don Pedro Ojeda Paullada, puesto de pie a su lado, lo que hacía resaltar la morigeración de don Miguel. Pero luego, cuando el Secretario de Información del PRI —y no él mismo— dio a conocer la opinión de De la Madrid sobre las medidas, empezó a suponerse que algún diferendo grave había surgido entre los dos Presidentes.

La especie pareció ganar confirmación cuando el nueve de septiembre, al recibir a la Comisión legislativa que le notificó la declaratoria de que era ya Presidente Electo, De la Madrid hizo un discurso que parecía haber sido escrito diez días antes. No hubo, en efecto, la mínima referencia a las medidas que modificaron tan radicalmente lo que pasa en México, de tal modo que ha podido decirse con razón que éste es un país distinto del previo al primero de septiembre. Es cierto que hubo una enfática declaración de solidaridad con el Presidente saliente, pero no se la concretó en las particularidades que a última fechas asumió el manejo de la crisis.

Creemos, sin embargo, que ello es conveniente, y que si revela inconformidad ideológica con todo lo que ha sucedido en el rapidísimo transcurrir de dos semanas septembrinas, no puede manifestar distancia política; es decir, en lo que toca a las relaciones de poder, propiamente hablando.

López Portillo, en efecto, no sólo efectuó una elección personal, sino que convocó tras ella a las fuerzas populares, a las fuerzas sociales más organizadas y actuantes en nuestro país. Tanto fue así, que por lo menos en una primera instancia los grupos opuestos a la medida —no sólo los directamente afectados, sino los que han puesto con razón o sin ella sus barbas a remojar después de haber visto rasurar las de su vecino— tuvieron que batirse en retirada, incapaces de conseguir un enfrentamiento abierto con esa corriente no sólo social, sino histórica.

De la Madrid no podría remar contra esa corriente, aunque quisiera. Las comparaciones son casi siempre inexactas. En el presente caso, López Portillo no es Cárdenas, ni De la Madrid Ávila Camacho. Pero el símil entre las sucesiones de 1940 y la de 1982 no es del todo inválido. Por muchas razones, Ávila Camacho personalmente no hubiera avalado la expropiación petrolera, y sin embargo, no volvió atrás en la decisión cardenista.

Este otoño, así, será el más prolongado de la historia.